

1979

Teresa de Jesús' *De repente, All of a Sudden*

Randolph D. Pope

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>



Part of the [Fiction Commons](#), [Latin American Literature Commons](#), [Modern Literature Commons](#), and the [Poetry Commons](#)

Citas recomendadas

Pope, Randolph D. (Primavera 1979) "Teresa de Jesús' *De repente, All of a Sudden*," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 9, Article 20.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss9/20>

This Reseña is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in *Inti: Revista de literatura hispánica* by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact dps@providence.edu.

TERESA DE JESUS, *De repente, All of a Sudden*, Willimantic, Ct.: Curbstone Press, 1979. Traducciones de María Proser, Arlene Scully y James Scully.

A los diez años de acabada la Guerra Civil en España Gerald Brennan llegó a Granada en busca de la tumba de García Lorca. Con aparente inocencia y su impunidad relativa de extranjero, fue directamente al cementerio, donde un amedrentado funcionario lo envió a la fosa común donde cientos de cadáveres se pudrían al sol. Desconfiado, Brennan siguió averiguando y se le sugirió una quebrada cerca de Víznar que utilizaron como paredón y fosa los falangistas. Allí fue, conducido por un receloso taxista, a rezar por el poeta y a imaginar sus últimos momentos. La narración de esta aventura en *The Face of Spain* (New York, 1951) fue embarazosa para el gobierno de Franco y es todavía un documento que atestigua que la voz de los poetas no se silencia a balazos. En igual forma, sólo con peligro se podría hoy (cuando escribo esto el gobierno ha clausurado por dos meses a la revista *Hoy* en Chile) buscar en Santiago a la autora de estos poemas y tratar de averiguar su verdadero nombre. Estos textos salieron del país bajo el seudónimo con que los publicó por primera vez la revista *Literatura chilena en el exilio* que dirige Fernando Alegría en California. Sería pecar de crítica literaria ingenua el dejar de notar que las condiciones de la publicación de este texto y el peligro en que ha vivido y acaso vive su autora no pueden abstraerse de la lectura. Si por una parte representan valentía y testimonio de resistencia, resistencia que puede salvar lo que resta de una cultura que fue floreciente antes de caer sofocada por la dictadura de Pinochet, por otra son documento de solidaridad que atestigua la labor de intelectuales chilenos en el exilio y de una editorial norteamericana que ha publicado una hermosa edición del texto con una traducción que amplía así la resonancia posible de una voz clandestina.

Los poemas describen la desconfianza y el silencio a que obligan los delatores. La pobreza. El cambio brutal entre un antes donde reside la esperanza de una utopía, y un ahora de violencia y soledad. Se establece un canon admirable: Baldomero Lillo, Violeta Parra, Víctor Jara y la mujer que protesta ante la injusticia. Un poema muestra la degeneración de Augusto Pinochet: «Y se convirtió en un asesino / el niño dulce aquel» (56). Este último me parece el menos convincente del libro, pero ilustra bien la noción popular de la niñez inocente y la concentración del mal en el tirano mientras que al mismo tiempo un coro de voces lo empuja a tomar el poder, a cargar con la responsabilidad pública mientras que ese coro, desde su anonimato,

recoge las ganancias: «Augusto tú tienes la fuerza / Augusto tómate el poden» (56) En los modelos de Lillo, Parra y Jara se reconoce que la voz de la poetisa quiere ser popular. Lo consigue mediante una manera de decir simple, clara y poderosa, como en «Población»: «Se acaba el azúcar, / se acaba el arroz; / nos cortan el agua,/ el gas y la luz» (76). Luego de unas preguntas de urgencia sobre el pan, el estudio y el empleo, concluye: «Se acaba el trabajo/ y la universidad,/ se acaba el camino,/ la leche y el té» (76) Los elementos fundamentales de la vida recobran literariamente la importancia fundamental que tienen en la vida de los pobladores. No pregunta Teresa qué valor referencia! puede tener este semantema, sino dónde y cómo puede conseguirse el té. Y no hay problema de interpretación: aquí el pan es pan y el vino, vino. Esta es la dificultad. Una lectura comunitaria, sin código donde lucir el ingenio, parece curiosamente intrascendente. El poema mide a la persona que lee, y no el crítico al texto. «Poesía diaria» (90), «poesía humilde» (22), «cantar aullido» (42), «boca que canta suavcito/ en la noche dura» (88) y que nos impone la realidad sin que podamos ampararnos en la estructura del texto. Esta transparencia donde la palabra adquiere la densidad más intensa, la vivida, puede verse también en otro poeta que ha recibido una edición bilingüe excelente que ojalá no pase desapercibida, Pablo Antonio Cuadra, *Songs of Cifar and the Sweet Sea*, traducido y editado por Grace Schulman y Ann McCarthy de Zavala (New York: Columbia University Press, 1979). Allí las velas, los pájaros, los caballos y el agua del lago, las guitarras y el viento no necesitan de adjetivos: son también la voz del pueblo, aparentemente remota en su serenidad de los acontecimientos históricos que destrazan hoy a Nicaragua: pero es precisamente esa voz común la que jamás puede hablar la grandilocuencia de un Somoza o un Pinochet. La noticia del trabajo basta, porque es sagrada memoria de un rito donde el dinero y el poder todavía no destruyen la armonía entre los hombres y la naturaleza. Escribe Cuadra: «Yo labré el mástil / y mi madre / cortó—sobre el arenal—la vela» (50). Teresa de Jesús presenta el diálogo de una madre con su hijo de cinco años que no ha conocido el Chile democrático: «Eran otros tiempos, hijo / .../ Valía ser un obrero, / valía ser un minero, / porque valía el trabajo / y porque valía el hombre» (66).

Esta voz popular tiene naturalmente su formulismo y tradición que pasa por autores no mencionados por Teresa de Jesús, como Pablo Neruda, Nicanor Parra y Nicolás Guillén, pero también por el tras-fondo de cantares, refranes y hallazgos del lenguaje popular. Esto pone en dificultades a veces a los traductores, que en general han realizado una labor precisa y han tratado de mantener el tono característico de los poemas. Pero «libros para

librear» (16) quiere decir en Chile «books to read» y no, como se traduce, «books by the pound» (17). «Derecho a pataleo» es «the right to protest» y se traduce insuficientemente por «the right to kick» (21). El «asesino sobre azul» (84) que al fin de cada mes confirma la neurosis del trabajador no es «an assassin over the blue» (85) sino «the blue envelope» en que se paga al obrero en Chile su último salario cuando está despedido. Reparos menores que podrán corregirse en una segunda edición.

Ante el toque de queda, dice Teresa: «todo lo tapa el silencio» (72). Pero no acalla su voz: «Yo soy una mujer que tiene / una poesía dura / y esa poesía diaria, / constante / disciplinada poesía / saldrá de los fusiles de mis lápices / cada día» (90). «Hay un nuevo juego, señores:/ guardar el silencio» (74). Esta poesía no es un juego, no es un ejercicio retórico: es un hondo canto personal por todos nosotros.

Randolph D. Pope

Dartmouth College

